

IV Encuentro teológico*: Dios, fuente de madurez
15 y 16 de mayo de 2026, Barcelona–Terrassa

***La madurez humana y el anhelo de trascendencia.
El modelo de Jesús como interpelación a una
espiritualidad radical***
Víctor Hernández Ramírez*

Ripeness is all.
Shakespeare, *Rey Lear*, V, II

La madurez lo es todo

La madurez lo es todo. Es la frase que, en el *Rey Lear* de Shakespeare, le dice Edgar a su padre, el conde de Gloucester, en medio de la tragedia, para que aleje sus pensamientos funestos y sea capaz de resistir:

What, in ill thoughts again? Men must endure
Their going hence even as their coming hither.
Ripeness is all. Come on. (Act V, scene II)¹
[¿Cómo? ¿Otra vez con pensamientos sombríos? Los hombres deben soportar su partida de este mundo igual que soportan su llegada a él. La madurez lo es todo. Vamos.]

Si lo es todo, ¿cómo seremos capaces de asumirla? ¿De qué manera llegamos a la madurez en tanto que crecimiento en términos de carácter, de capacidades para la vida o de adquisición de sabiduría? Sobre esto se ha escrito muchísimo, pero un autor que nos ofrece un marco teórico sobre el desarrollo humano, desde la infancia hasta la madurez, es el psicoanalista Erik H. Erikson (un clásico en las décadas de los 70 y 80's del siglo XX).

Erikson desarrolló un marco conceptual sobre el desarrollo humano, a partir de la teoría psicoanalítica y con relación a su experiencia clínica y el contexto social de la segunda mitad del siglo XX². Plantea que el desarrollo o crecimiento humano se puede situar en un ciclo vital de ocho etapas o fases, las cuales se

* Organiza: Colegiata Cielo en la Tierra y Universitas Albertiana

* Psicoanalista. Doctor en Psicología. Pastor protestante (Iglesia Evangélica Española) en Barcelona. Profesor de la Facultad de teología SEUT (Madrid).

¹ Folger Shakespeare Library, King Lear, Act 5, Scene 2. Link:
<https://www.folger.edu/explore/shakespeares-works/king-lear/read/5/2/>

² Cf. Erik H. Erikson, *El ciclo vital completado*, Buenos Aires: Paidós, 1985 (orig. 1982). También cf. Carol Hrem Hoare, *Erikson on Development in Adulthood. New Insights from the Unpublished Papers*, Oxford: Oxford University Press, 2002.

inician con la infancia, donde los cuidados de la madre con niño o niña posibilitan una confianza básica (o una desconfianza básica), de manera que el crecimiento puede darse como un logro psíquico, cuando se adquiere esa confianza, que posibilita la capacidad para la esperanza. Después vienen las otras etapas: la niñez temprana, la edad del juego, la edad escolar, la adolescencia, la juventud, la adultez y la vejez.

En el ejemplo de la adolescencia el conflicto es entre la identidad o la confusión de identidad, puesto que salir de la infancia supone para el o la adolescente resolver la cuestión sobre quién es y qué lugar puede tener en la sociedad. Y la definición de esa crisis (sentirse con una identidad o hallarse confuso) es lo que permite ser capaz de establecer relaciones de fidelidad o lealtad con los demás.

Otro ejemplo es la adultez, en la que el conflicto se juega entre la generatividad y el estancamiento, que implica las diversas tareas compartidas entre el trabajo y la familia, pero que la definición de la crisis es lo que permite el desarrollo de unas capacidades para el cuidado de los otros y de sí mismo (o la carencia de esas capacidades).

O en el caso de la vejez, Erikson dice que el conflicto en esa etapa se halla entre la capacidad de integración o la caída en la desesperación o repulsión, y en caso de que la crisis se resuelva bien, se logra adquirir una capacidad para la sabiduría.

Erikson dice que en cada etapa se juega una serie de conflictos, que son procesos de crecimiento en los que siempre ocurren crisis y en los cuales hay puntos de no retorno, en el sentido de que, según el modo como se resuelvan esos conflictos psíquicos, se tendrán (o no se tendrán) unas ciertas capacidades o fortalezas: esperanza, voluntad, propósito, competencia, fidelidad, amor, cuidado y sabiduría.

Hay un texto de Erikson, sobre la película de Ingmar Bergman, *Las fresas salvajes* (orig. sueco *Smultronstället*), de 1957, donde analiza la trama de la película para mostrar la manera como su modelo de ciclo vital se expresa por medio del arte cinematográfico³. La película de *Las fresas salvajes* nos muestra el viaje en auto que hace el Dr. Isak Borg, desde su casa de retiro como médico jubilado, hacia la ciudad de Lund, donde recibirá un reconocimiento por sus 50 años de servicio como médico. En el viaje le acompaña su nuera y en el camino recogen a tres jóvenes.

La película nos muestra los sueños del Dr. Borg y sus recuerdos de la infancia y la adolescencia, así como los recuerdos de sus errores y las dolorosas decepciones en su juventud y en su matrimonio. Erikson analiza la película para

³ Cf. Erik H. Erikson, "Reflections on Dr. Borg's Life Cycle", *Daedalus*, Spring, 1976, Vol. 105, No. 2, Adulthood, pp. 1–28. Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/20024398>

indicarnos cómo el viaje del Dr. Borg permite recordar y analizar toda su vida para comprender las carencias, las desilusiones, los éxitos profesionales y los fracasos amorosos, la dureza y la inflexibilidad en que se fue encerrando, así como la soledad y el peligro del aislamiento. Erikson opina que el viaje del Dr. Borg le hace posible alcanzar una cierta sabiduría, una capacidad de integrar las experiencias dolorosas y los miedos que no pudo resolver en las etapas previas de su vida, para no terminar sumido en la repugnancia o amargura por la vida.

Además, Erikson cree que estos logros en el desarrollo vital no son nunca completos ni definitivos⁴. Y esto significa que siempre quedan aspectos no resueltos o restos de conflictividad en cada etapa del ciclo vital, de manera que subsisten los miedos, la angustia, las carencias en el modo de culpa, desconfianza básica, aislamiento, sentimientos de inferioridad, desesperanza o apatía.

El trabajo de Erikson es un marco conceptual sobre el crecimiento que nos permite reconocer que la madurez, si lo es todo, es también un efecto de lo conflictivo, de lo inacabado, de tensiones que acompañan todos los momentos de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte.

En ese sentido, la madurez no aparece como un fruto, en el sentido de que es el producto natural de un crecimiento, como en las plantas. Por el contrario, la madurez en el ser humano es más bien una síntesis muy delicada y provisoria, que acompaña cada etapa de la vida humana. Esto quiere decir que la madurez ya tiene lugar en la infancia más temprana, cuando las primeras experiencias de vida del bebé se configuran en esa placenta social del cuidado materno, sin que podamos saber hasta dónde se instalará allí una confianza básica o una desconfianza básica. Y la manera como esa crisis se defina, permitirá una mayor o una menor capacidad para la esperanza. Y, ciertamente, la capacidad para esperar, es decir para tener fe o para confiar, con respecto al porvenir, es una cualidad necesaria para la madurez.

Y lo mismo podemos decir de todas las etapas de la vida, pero al mismo tiempo, podemos decir que en las etapas subsiguientes permanecen vivos, en cierto modo, las resoluciones y los aspectos no resueltos de las etapas anteriores. Es por eso que en la edad adulta llevamos no solamente una infancia, sino varias, además de una adolescencia y los restos de su conflictividad o lo pendiente de sus crisis de antaño.

⁴ “Si decimos que la declaración inicial del Dr. Borg sobre su vejez parece describir admirablemente un estado mental regido por una lucha entre la Integridad [por un lado] y la Desesperación y la Aversión [por el otro], y que de este conflicto puede surgir cierta Sabiduría en condiciones personales y culturales favorables, entonces ciertamente no postulamos el logro de una victoria total de la Integridad sobre la Desesperación y Aversión, sino simplemente un equilibrio dinámico a favor de la Integridad.”, *ibid.*, p. 23.

Es por eso que la madurez, que lo es todo, en realidad no es más que la reaparición de cada crisis del pasado (la crisis de la infancia temprana, de la edad del juego, de la edad escolar, de la adolescencia...), sea en términos de capacidades o fuerzas para afrontar el presente o en términos de debilidades o carencias para responder a los nuevos desafíos.

La madurez es imposible

Ahora bien, el modelo de Erikson pertenece a un mundo que ya no existe. La sociedad ha cambiado, así como se han modificado significativamente las formas de crianza, de educación escolar, así como han cambiado los espacios de producción y consumo, en la llamada sociedad neoliberal. En este nuevo contexto, por ejemplo, ya no se entiende del mismo modo el crecimiento hacia la vida adulta, ni hacia la madurez.

En nuestro presente, la adultez se concibe en otros términos. Desde la perspectiva de Byung-Chul Han⁵, la adultez en la sociedad contemporánea ya no se define principalmente por la madurez, la responsabilidad o la estabilidad simbólica, sino por la capacidad de mantenerse productivo, flexible y permanentemente disponible.

Asimismo, Han nos dice que la lógica neoliberal disuelve las estructuras tradicionales que organizaban la vida: infancia, adultez y vejez pierden nitidez. La adultez deja de ser una etapa de “llegada” o consolidación. En cambio, el individuo debe reinventarse constantemente: aprender nuevas habilidades, adaptarse al mercado, optimizarse, mantenerse “joven” física y emocionalmente. El adulto contemporáneo nunca termina de “hacerse”.

Esto supone que los límites entre etapas de la vida se diluyen. Además, el adulto se concibe como empresario de sí mismo. Han retoma la idea de que el sujeto neoliberal se explota a sí mismo creyéndose libre. Ya no hay un amo externo evidente; cada persona internaliza la exigencia de rendimiento. La adultez, entonces, se mide por: eficiencia, autoexplotación, capacidad de gestión emocional, productividad continua. El adulto ideal no descansa: se actualiza, se vende, se expone y se compara.

Paradójicamente, Han también observa una infantilización cultural: búsqueda constante de estímulos, intolerancia al aburrimiento, necesidad de gratificación inmediata, dependencia de redes sociales y validación. La cultura del consumo prolonga ciertos rasgos juveniles indefinidamente. El adulto ya no representa

⁵ Cf. Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio*, Barcelona: Herder, 2012; *La sociedad de la transparencia*, Barcelona: Herder, 2013; *La expulsión de lo distinto*, Barcelona: Herder, 2017; *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Barcelona: Herder, 2021.

necesariamente autoridad o profundidad, sino capacidad de mantenerse atractivo, activo y consumible.

Mientras que la adultez tradicional implicaba aceptar límites (el tiempo es breve, hay pérdidas, existen las responsabilidades, existe el dolor, la permanencia de ciertas decisiones), la sociedad contemporánea evita esa “negatividad”. Todo debe ser reversible, flexible y optimizable. Por eso aparecen vínculos más frágiles, identidades más fluidas y dificultad para sostener compromisos duraderos.

El resultado, nos dice Han, no es una liberación plena, sino el agotamiento. El sujeto adulto contemporáneo vive bajo presión constante de autorrealización: el “nada es imposible” se convierte en una forma de violencia. Por eso Han habla de depresión, burnout y cansancio existencial como patologías características de nuestra época.

En síntesis, para Byung-Chul Han la adultez contemporánea ya no es una condición estable de madurez, sino un estado permanente de autoexigencia, adaptación y rendimiento, atravesado por una aparente libertad que muchas veces encubre nuevas formas de dominación.

También los modos de vinculación, para las relaciones de pareja o el modo de vincularse emocionalmente con los demás, se ha transformado. Desde la perspectiva de Eva Illouz⁶, la adultez contemporánea está profundamente atravesada por el capitalismo emocional, la cultura terapéutica y la lógica del mercado aplicada a las relaciones humanas. Esto quiere decir que el amor, la intimidad y la identidad emocional han sido reorganizados por dinámicas económicas.

La adultez ya no se vive como una etapa estable de consolidación afectiva y social, sino como una experiencia marcada por incertidumbre emocional, elección permanente y fragilidad vincular. Lo que ha ocurrido, nos dice Illouz, es que el lenguaje psicológico y terapéutico ha penetrado la vida cotidiana y la adultez se comprende como gestión emocional permanente. Por lo tanto, ser adulto hoy implica: conocerse emocionalmente, comunicar adecuadamente sentimientos, gestionar traumas, trabajar constantemente sobre uno mismo. La madurez deja de definirse solo por responsabilidades sociales y pasa a medirse también por “competencias emocionales”.

La adultez afectiva contemporánea queda marcada por una tensión: se espera autonomía individual, pero también capacidad de construir intimidad profunda. Eso produce ansiedad e inestabilidad, porque esas tensiones exigen no depender

⁶ Cf. Eva Illouz, *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Madrid: Katz, 2007; *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid: Katz, 2009; *Por qué duele el amor*, Madrid: Katz, 2012.

demasiado del otro, regular las propias emociones, mantener la libertad de elección y evitar vulnerabilidades excesivas.

Sin embargo, esa autonomía puede generar relaciones menos sólidas. La adultez ya no garantiza estabilidad emocional o familiar como en modelos tradicionales. Incluso personas “exitosas” pueden experimentar precariedad afectiva prolongada. Illouz también sostiene que la identidad moderna se construye cada vez más desde la vida emocional: cómo sentimos, cómo narramos nuestros vínculos, cómo interpretamos nuestras heridas. Por eso el sufrimiento amoroso o la soledad tienen hoy un peso central en la experiencia adulta.

Es este el contexto contemporáneo en el que vivimos, en el cual la madurez ya no lo es todo, ni siquiera es algo significativo. Es, más bien, lo imposible.

No busquemos la madurez

Pero la imposibilidad de la madurez no viene dada propiamente por el nuevo contexto de la sociedad neoliberal. No viene dada por esa sociedad del cansancio de Byung-Chul Han o por la sociedad de la “Happycracia” de Eva Illouz⁷.

Si la madurez aparece como imposible es porque la condición del ser humano que habita el mundo, no es una condición en la que haya un crecimiento o un desarrollo, al modo de las plantas o incluso de los animales. En los seres vivos está presente todo el impulso para la vida, que siempre apunta a un crecimiento, a un desarrollo que necesariamente es una lucha constante contra la entropía, contra la extinción de la vida.

Pero el ser humano, además de su autoconsciencia que le coloca como un “animal excéntrico” en la tierra, es un ser pulsional, con una vida inconsciente en su psiquismo que le coloca como un ser que nace inacabado, sin equipo instintivo, y que tiene que salir prematuramente del vientre materno y crecer y madurar en un vientre social.

En ese mundo de palabras y gestos, de afectos y miradas, se configura cada sujeto, con un psiquismo que supone el nacimiento de un yo, un self, en un mundo interior que está lleno de miedos y fantasmas, de afectos e impulsos, que se ordenarán y darán forma a una persona, cuya interioridad supone una soledad radical.

Ese mundo de la infancia, en la que se forma el psiquismo humano, es lo que Freud descubre y sobre el que desarrolla una disciplina que nos ha mostrado que el ser humano es un ser de pulsiones, de deseos inconscientes, de

⁷ Cf. Eva Illouz y Edgar Cabanas, *Happycracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*, Barcelona: Planeta, 2019.

ambivalencias. Y es por esa dinámica de lo inconsciente que el ser humano no abandona nunca la infancia y por lo cual está siempre volviendo al mundo de las emociones, la angustia y los fantasmas de la infancia y de la adolescencia. Es en ese sentido, que la madurez es imposible: lo inacabado en su nacimiento, supone el origen de un sujeto que jamás madura.

El ser humano es el ser en quien la infancia es también un destino, al igual que los dilemas de su pubertad se quedan como algo que puede retornar siempre (la polémica con los padres, la sexualidad como transgresión, etc.). Esto equivale a decir que el ser humano se define porque jamás madura realmente. La madurez, en sí y para el ser humano, es imposibilidad.

Pero, y he aquí la paradoja, la existencia psíquica del ser humano supone también una pulsión hacia el futuro, es decir hacia el adelante del tiempo, en términos muy potentes, que le ligan a un anhelo muy intenso de porvenir y de eternidad. Y es precisamente esto lo que ocurre para el sujeto, para cada ser humano, en términos psíquicos: que de su soledad radical, desde su intrapsiquismo, acontece la salida al mundo y el encuentro con el otro, con los demás. Y es en esas salidas, en esos encuentros, que tiene lugar el aprendizaje, el crecimiento y el que lleguen a acontecer eso que llamamos la madurez del sujeto.

Pero esto ocurre de la manera más contradictoria, es decir en medio de confusiones y equívocos. Esto lo muestran mejor los poetas o artistas, en muchas ocasiones.

Cesare Pavese en su novela *La luna y las fogatas*⁸, nos relata el regreso de un hombre huérfano al pueblo donde creció, en el norte de Italia, pues había tenido que emigrar por largos años a América. Su apodo es Anguila y el pueblo de su infancia se llama Gaminella, pero él no sabe siquiera si nació en ese lugar, por eso se había marchado largos años atrás.

Anguila retorna con la esperanza de volver a conectar con el mundo mítico de su infancia y la única manera de hacerlo, ante la falta de un arraigo territorial, sanguíneo, es a través de los símbolos. La posibilidad de tener un origen, para él, está en esa segunda mirada: volver a observar los mismos lugares y objetos, tras ese intervalo de tiempo, para evocar los mismos sentimientos y las mismas sensaciones, y así poder decir: *esto es mío, esto soy yo*. Por esto, Anguila volverá a los senderos del pasado, a la casa de su infancia, a las colinas y a Nuto, su amigo de la infancia, y buscará en ellos el símbolo, que es la esencia de lo imperecedero. Pero Anguila se topará con una serie de decepciones, porque

⁸ El epígrafe de la novela de Pavese es la frase del *Rey Lear*, de Shakespeare: Ripeness is all [La madurez lo es todo].

nada de es como antes, y porque él se descubre igual de solitario y desligado de todo aquello:

En esa época no imaginaba qué era crecer, creía que solamente era hacer cosas difíciles, como comprar una yunta de bueyes, ponerle precio a la uva, manejar la trilladora. No sabía que crecer significa irse, envejecer, ver morir a alguien, encontrar la Mora [una vieja casa] como estaba ahora.⁹

He aquí la contradicción, el choque con el enigma del tiempo que no vuelve y que se pierde, puesto que el personaje de la novela de Pavese descubre que el crecimiento, la madurez, no es nada de lo que pensaba, sino que ya se había encontrado con el misterio de la madurez: la madurez es crecer, y crecer es llevar las marcas del exilio, descubrir que el tiempo es breve y se manifiesta como vejez en su cuerpo y enfrentarse a las pérdidas, a la nostalgia por los muertos queridos.

Jesús ¿modelo de madurez humana?

Si asumimos, desde el psicoanálisis, y desde Pavese, la imposibilidad de la madurez, podemos entonces ir a la persona de Jesús de Nazaret, para plantear la pregunta si es o puede ser un modelo de madurez para nosotros.

Por supuesto, Jesús ha sido y sigue siendo considerado un modelo, un ideal, de sabiduría y de madurez en múltiples sentidos. Tanto desde la perspectiva religiosa, y en tanto que fundamento de la fe cristiana, como desde perspectivas de espiritualidad que se quieren distanciar de lo religioso en términos institucionales.

Pero, si nos tomamos en serio la confesión cristiana que afirma la encarnación de Dios en el hombre llamado Jesús, entonces se dan implicaciones que se relacionan con lo que venimos llamando la imposibilidad de la madurez. Esto significa que la historia de la vida y la muerte de Jesús, que se confiesa desde la resurrección, se tiene que asumir en términos totalmente humanos.

Aquí está en juego, precisamente, las consecuencias de la misma encarnación, como lo explica José Cobo:

¿Quién fue Jesús de Nazaret? Hubo quienes vieron en él a un taumaturgo, un profeta, un maestro itinerante... *y nada más*. Otros, más atrevidos, al Hijo de Dios, al Mesías, al Señor. Más tarde, a Dios mismo hecho hombre. Así se pasó, progresivamente, del menos al más. [...] el envés de la confesión de Jesús como Dios es la revelación de Dios como

⁹ Cesare Pavese, *La luna y las fogatas*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2007, p. 114.

Jesús. Es decir: Jesús es *Dios verdadero y hombre verdadero* porque la esencia de Dios, su modo de ser, es indisociable del hombre de Dios que fue Jesús de Nazaret. Esto es, indisociable de la carne. Así, no es que Jesús ejemplificase, si se quiere a la perfección, la esencia de Dios, sino que fue la esencia de Dios, su *realización*, su *quién*.¹⁰

Y esto significa, por lo tanto, que no podemos asumir en Jesús un tipo ideal de perfección, o de madurez, que nos aleje de su encarnación, al modo del docetismo o del arrianismo: Jesús no fue un “Dios con aspecto humano” ni fue un hombre que después de su muerte fue exaltado hasta la altura de la divinidad, al estilo de los héroes griegos (como bien lo explica el post de José Cobo).

Podemos, por lo tanto, acercarnos a la persona de Jesús como el hombre cuya historia, su vida y su muerte, lleva también las huellas de la imposible madurez, que se arraiga en la carne humana, y en la cual acontece el misterio del crecimiento y la madurez, es decir la irrupción de la vida, como vida abundante, en medio de la muerte.

Esto quiere decir que hemos de ver en Jesús su nacimiento, su infancia, su adolescencia y su vida adulta desde la misma perspectiva de lo humano, con ese psiquismo marcado por su vida pulsional, en sus contradicciones y en su potencial hacia el porvenir, pero donde siempre persiste la infancia, la adolescencia y la conflictividad con respecto al miedo, la angustia y la agresividad, así como el potencial y la realización del consuelo, la confianza básica, la esperanza y la sabiduría que integra la memoria y el dolor, el llanto y la alegría, el perdón y la paz.

Lo que ocurre es que no podemos llegar a este hombre, al *quién* de Dios en el mundo, sino como misterio, es decir como revelación, por medio de las narraciones, por medio del kerygma que llamamos el evangelio, que son los relatos del hombre llamado Jesús.

Esa es la mediación fundamental que nos permite reconocer a Jesús, y que nos exige la tarea de atender los relatos donde la “madurez” de Jesús nos interpela, y nos interpela como llamado y como encuentro con su persona.

La “madurez” en Jesús como interpelación a la espiritualidad

Propongo unos pocos relatos de los evangelios, a modo de ejemplo de cómo operan los relatos en términos de interpelación hacia una espiritualidad que se

¹⁰ Cf. José Cobo, Blog *La modificación*, ¿una interpretación auténtica de la figura de Jesús? (y 2), marzo 28, 2026, <https://cobo.blog/2026/03/28/una-interpretacion-autentica-de-la-figura-de-jesus-y-2/>

pregunta por las posibilidades del crecimiento o de la madurez, pero que no lo hace desde la ilusión infantil con respecto a Dios, sino desde el atrevimiento de un Dios que viene como ausencia y como silencio, que viene como palabra encarnada en la persona de Jesús.

En estos pocos ejemplos, intentaré también aportar la mirada interpretativa que ofrece el psicoanálisis, en razón de su comprensión del psiquismo como fuente de contradicciones y explicitación de la vida pulsional en el ser humano. Podemos leer los relatos evangélicos como palabra que nos muestra la fuerza, las contradicciones y las posibilidades del deseo, en los encuentros de Jesús de Nazaret.

La noche del Getsemaní

Comencemos por el final de la vida de Jesús. En el umbral de su muerte hallamos la noche del Getsemaní: es lo que el psicoanalista Massimo Recalcati llama “la hora de la caída de Dios” o la hora en la que el Dios cristiano se revela como “sólo un hombre”, radicalmente afectado por lo negativo¹¹. El relato de los evangelios nos indica una secuencia de caída absoluta: después de la entrada a la ciudad de Jerusalén, donde Jesús fue aclamado con el canto de Hossana, todo es una debacle: será traicionado, abandonado por sus amigos, prendido como el peor delincuente, torturado y ejecutado como el más peligroso terrorista.

Y en esa caída, en esa noche llamada Getsemaní, Jesús se enfrenta al triple trauma de su final: la traición de lo más cercanos, las personas de su mayor confianza (Judas y Pedro), la angustia ante su propia muerte y, en tercer lugar, la más radical soledad y la más extrema experiencia de oración que no tiene respuesta alguna.

Lo traumático se expresa como lo inesperado, lo que sobreviene y te coge totalmente desprevenido, como es el caso de la traición. No se trata simplemente de un engaño, sino de algo que sólo puede hacerlo quien comparte la intimidad, quien es un amigo o un ser amado. Por eso, los evangelios nos explican con detalles significativos la traición sufrida por Jesús: la mesa compartida, el comer del mismo plato, y precisamente desde allí nace el acto de traición, que ejecutará Judas al venderlo por 30 monedas de plata, pero que también realizará Pedro, sin haber tenido intención de ello, con la negación que hará de su maestro en esa misma noche.

Pero esa tentación de la traición también la vive Jesús, en la misma noche del Getsemaní, cuando enfrenta la angustia ante su propia muerte. Los evangelios nos dicen que su angustia era una “tristeza de muerte” (Mt 26, 38), pues Jesús

¹¹ Massimo Recalcati, *La noche de Getsemaní*, Barcelona: Anagrama, 2024, p. 13.

no quiere morir, no quiere secundar el designio del Padre, quiere seguir viviendo. Jesús ama la vida, con su belleza y su intensidad, los encuentros y las alegrías que ofrece el compañerismo y la amistad. No es un asceta ni es un mártir, como tampoco es un héroe griego que afronta con serenidad la muerte, como Sócrates o Antígona. Por eso pide a sus discípulos que velen con él, que le apoyen, que le sostengan... pero ellos se duermen. Ese ruego, esa petición de Jesús nos revela la más humana de las peticiones, que es la compañía que nos ofrezca consuelo, y eso es lo que Jesús no encuentra en la noche del Getsemaní.

Pero la soledad se vuelve aún más extrema, porque en el ruego último se dirige a Dios mismo, cuando reza, cuando ora al Padre. Es el evangelio de Marcos el único donde hallamos la expresión *Abba* en los labios de Jesús, y es precisamente en la noche del Getsemaní donde lo hallamos (Mc 15, 36). Es la expresión que mejor refleja la intimidad, la plena confianza de Jesús con su Padre. Pero, es precisamente allí la oración de mayor confianza no encuentra más respuesta que el silencio de Dios, su abandono radical.

Y es allí donde ocurre lo más insólito, lo que no puede ser un acto de madurez, porque sencillamente lo que ocurre está fuera de todas las posibilidades del crecimiento. Y eso que ocurre es la segunda oración de Jesús, que asume la voluntad del Padre como su propia voluntad. En ese acto de entrega de Jesús no hay una resignación ni un sentimiento de martirio. Lo que ocurre es el misterio de asumir la donación de sí mismo como el deseo que se hace uno con el misterio de la voluntad de Dios, de un Dios totalmente ausente. Es así como se realiza lo que el teólogo Bonhoeffer denomina “estar sin Dios ante Dios mismo”. Es en la ausencia de Dios que estamos más cerca de Dios.

Jesús en el templo

Ahora vayamos a otro momento de la vida de Jesús, que es el relato de Jesús con 12 años de edad, que se separa de sus padres y se queda en el templo de Jerusalén (Lucas 2, 41–52).

Aquí podemos considerar la experiencia del Jesús como adolescente, que vive la intensidad de la pulsión puberal, porque su cuerpo se ha transformado, y ha tenido que enfrentar los duelos inherentes a la adolescencia: el duelo por el cuerpo infantil, el duelo por el rol infantil y el duelo por los padres de la infancia.

Porque los padres han sido verdaderos Dioses para un niño o niña pequeña y, al entrar en la adolescencia, es inevitable que se conviertan en Dioses caídos, lo que supone una decepción que atraviesa la mente y el cuerpo adolescente. Asimismo, el propio cuerpo puberal supone muchas nuevas intensidades que empujan al chico o la chica hacia un mundo que está más allá de la casa

familiar, y este chico llamado Jesús no duda en atreverse a entrar en el mundo de los maestros de la ley. Sus padres le habían educado en esa ley, pero ya no tenía suficiente con aquellas enseñanzas de la familia, porque la fe de los padres ya no podía ser la suya. Ahora tiene dudas punzantes, inquietudes, necesidad de saber, de indagar, sobre ese Dios que habla con mandamientos y que ha escogido a un pueblo que parece vivir bajo el abandono de Dios, en medio de un mundo plagado de injusticias. Jesús es un adolescente que responde a una profunda inquietud, que le suscita aquella palabra que se expresa en la Ley, porque no termina de comprender quién es el Dios que llama, que reclama a los hombres para que se vuelvan a Dios.

Jesús, a los doce años, es el muchacho que ha crecido pero que también se enfrenta ahora a la exigencia de la vocación, del llamado del provenir, y que se siente lleno de una energía que le reclama hacia el mundo. Pero eso implica separarse de los suyos, supone dar la espalda a sus padres. Porque esta es la contraparte de aquel momento nuevo: que ya no se siente en casa en su propia casa, ya no se siente en familia en su propia familia. Porque la adolescencia es el inicio de un exilio ineludible, el llamado hacia el porvenir es el llamado hacia el mundo del afuera, hacia el horizonte de Dios.

Aquí la experiencia del templo es la determinación para separarse de la familia, de la casa materna y paterna, para salir a la búsqueda del padre que lo llama desde la lejanía, desde la palabra ajena que es la ley de Moisés. En eso consiste aquí el misterio de una madurez extraña en aquel adolescente, perdido para sus padres, pero que hará de aquel extravío el inicio de un camino propio, de un camino virgen, al que responderá de modo singular, para configurar una nueva identidad, la identidad del hijo de su Padre.

El nacimiento traumático y los padres que confiaron en la promesa

Por último, querría invitaros a considerar sucintamente los relatos del nacimiento de Jesús, que en los evangelios de Mateo y Lucas nos proponen una visión teológica de Jesús como el Hijo de Dios que es el hijo de la promesa, en quien se realiza la promesa eterna de Dios para su pueblo.

Aquí tenemos que pensar también en Jesús como el neonato que nace en los mismos términos de cualquier ser humano: siempre llegamos desde la fuerza del deseo, y llegamos a una familia donde hay una larga historia transgeneracional que lleva los sedimentos de toda la historia. En el caso de Jesús, el hijo de María y de José, están las genealogías que indican las viejas esperanzas y los sufrimientos de antaño de todo el pueblo.

El escritor Erri de Luca, en su bello y pequeño libro *Las santas del escándalo*, nos habla de las mujeres que aparecen en la genealogía de Mateo, y que son las

ancestras, abuelas, de Jesús: Tamar, Rajab, Rut, Betsabé, a las que llama precisamente “santas del escándalo” y después de ellas está Miriam o María, la madre de Jesús de Nazaret. Porque el nacimiento mismo de Jesús, en estos relatos evangélicos, no esconden la dimensión de escándalo del nacimiento de Jesús: nacido de una jovencita, que queda embarazada sin estar casada, que asume aquel embarazo ante la fuerza de un llamado que tiene las palabras de una anunciación divina. Y luego está el atrevimiento del padre, José, que desafía a familia y a maestros de la ley, para acoger a su prometida, cuidarla y para adoptar a aquel niño como su hijo.

Erri de Luca nos lo dice de esta manera:

“Acostúmbrate, hijo, al desierto”: son las palabras que el poeta ruso Joseph Brodsky pone en boca de su María. Ella, muchacha de Galilea, se encuentra de pronto con el desierto a su alrededor. El embarazo irregular, encinta antes del matrimonio y no de su prometido, la excluye de la comunidad.

Si no fuera por el apasionado amor de Yosef/José que la cree y se casa con ella de todos modos, sería culpable de adulterio y condenada a muerte. Sucede todavía hoy.

[...] El amor de su esposo segundo, el terreno, la salva, y permite a esta historia cumplirse, pero en tomo a ella ha surgido el desierto. Por eso no le pesa partir en invierno, embarazada de nueve meses, ni le pesa alumbrar a su hijo en un establo sin ayuda alguna, a la luz de una estrella, vagante y solitaria como ella por el espacio. “Acostúmbrate, hijo, al desierto”: el poeta ruso intuye en ella una soledad que le debe enseñar a su hijo¹²

No podemos tomar estas respuestas, la de José, la de María, como expresiones de madurez, porque son sencillamente escandalosas. No pertenecen al ámbito del desarrollo o del crecimiento, sino al ámbito del misterio, en el sentido de lo inesperado que acontece como ruptura, como interrupción de todo orden y como irrupción de aquello que posibilita la vida, pero la vida de otra manera.

Porque eso es lo que hemos de meditar, o reflexionar, con respecto a ese niño que llega a ese hogar, que no tenía las condiciones mínimas de un hogar: pero él será mirado, abrazado, amamantado, por una chica que lo mira desde los ojos de la promesa, desde la aceptación que está ligada a un porvenir, que es el porvenir de Dios. Ese niño podrá adquirir una confianza básica y una fuerza y entereza que le permitirán crecer, que le permitirá tener la esperanza que le ofrece la ley de Dios, que le enseñará su padre, y tendrá la confianza suficiente para abandonar a sus padres y salir camino hacia el encuentro con su otro

¹² Erri de Luca, *Las santas del escándalo*, Salamanca: Sígueme, pp. 59–61.

Padre. Ese será el camino de Jesús hacia la adquisición de una identidad en medio de la no identidad de sus orígenes.

A modo de conclusión...

¿A qué nos interpela esa “no madurez” o ese tipo de “madurez” del Jesús que es tan humano, demasiado humano? Diría que nos suscita una irrupción o una interrupción en el sentido de que nos libera de las exigencias de formas de idealización que suelen venir de actitudes infantiles. Los relatos de los evangelios nos interpelan desde la sorpresa que nos rompe los esquemas, porque el Jesús de los evangelios nos libera de imágenes de un Dios falsificado.

Pero esta interpelación del Jesús de los evangelios, también nos conduce a una forma de espiritualidad que nos permite abrir los ojos a nuestras ambigüedades, nuestras contradicciones que nacen de la vida pulsional, y nos abren a la posibilidad de visitar nuevamente nuestras memorias de infancia y adolescencia, o nuestras angustias y miedos, en las cuales nos reconocemos como sujetos siempre inmaduras, pero capaces de abrirnos a otro porvenir, a un futuro donde el misterio de Dios nos llene de los frutos de la vida, de la vida de Dios.